

**COMENTARIO A LA
CONFERENCIA DEL
PROF. RAÚL ATRIA B.**

Prof. Leonidas
Emilfork Tobar

Es una ocasión afortunada estar reunidos aquí, cuarenta años después de la Reforma Universitaria, en homenaje a Luis Scherz García, precursor del pensamiento sobre la Reforma, no sólo en la PUCV, sino también en otras universidades del país.

Reunía el Dr. Scherz el rigor de una formación científica y la apertura de espíritu de un humanista, condiciones indispensables para todo universitario. Así profese las ciencias matemáticas o las disciplinas sociales, filosóficas o artísticas. El rigor científico, por sí mismo, tiende a convertir toda cuestión de estudio en un objeto, y una apertura de espíritu sin rigor corre el serio peligro de confundir las ilusiones con las realidades. Es necesario, pues, revisar constantemente los lenguajes que estudiamos en la universidad.

El profesor Atria señala en su exposición que la generación de estudiantes que hizo la Reforma de los años sesenta –a diferencia de las generaciones actuales– cumplía con lo que él llama, siguiendo a Touraine, la “dimensión de totalidad, en el sentido de que todo movimiento social tiene una referencia de la sociedad deseada, piensa a la sociedad y la imagina de cierta manera”.

No creo que me corresponda comentar los postulados sociológicos expuestos por el profesor Atria. Sin embargo, me parece importante señalar que, una de las diferencias más importantes, en lo que toca a ambas generaciones reside en el gobierno de la universidad. Por eso, quisiera reflexionar brevemente sobre la institución del Senado Académico, uno de los grandes logros de la Reforma, porque fue ahí donde se hicieron presentes, no sólo las

diferentes visiones de la sociedad, sino también un lenguaje común constituido por el diálogo, por una conversación académica.

Coincido con la afirmación del profesor Atria cuando dice que "Es... igualmente claro que la relación del estudiante con la universidad... no queda plenamente explicada por este modelo [economicista] analítico". Y más aun, cuando dice que "el estudiante puede ser visto como un consumidor, pero no lo es". Como precisa nuestro expositor: "Es uno de los protagonistas de una conversación que se da entre profesores y estudiantes". Yo agregaría, que los investigadores pueden ser vistos en ese modelo como promotores de productos intelectuales, pero no lo son, o no debieran serlo.

En general, todos los lenguajes que se estudian y practican en la universidad son, en mayor o menor grado, teóricos. Es, obviamente, lo que los diferencia de la enseñanza doctrinal o de una mera capacitación. Las teorías estudiadas en la universidad se pueden crear y desarrollar en diferentes instancias de ésta (institutos, facultades, escuelas, centros, etc.) de un modo más o menos independiente y sin mayor comunicación entre ellas. Pero se debe tener presente que no es lo mismo una teoría entendida simplemente como la descripción de un conjunto de objetos o de fenómenos, que las interpretaciones del mundo político y social.

Éstas son construcciones que de alguna manera modifican el conjunto de fenómenos estudiados. Como dice Clifford Geertz: "una buena interpretación de algo –un poema, una historia, una persona, una institución, una sociedad– nos lleva al corazón de aquello que interpreta".⁶⁶

Junto con esto, se debe considerar que ninguna teoría es posible sin una vida teórica que la sustente. La universidad es, justamente, una de las grandes instituciones donde se practica ese tipo de vida. Quien lo hace, contrae un compromiso ético con su quehacer y con la institución donde la ejerce.

Ahora bien, ¿quién gobierna ese conjunto de lugares donde se crean y estudian teorías (lenguajes) de diverso tipo? Normalmente, ese gobierno recae sobre un aparato administrativo cuyas autoridades superiores pueden ser elegidas por los profesores, o designadas por consejos compuestos de personas que

⁶⁶ Geertz, Clifford. *The Interpretation of Cultures* [NY, 1973], p. 18.

no son, necesariamente, miembros de la universidad o profesores, o mediante una combinación de ambos modos.

La Reforma de 1967 en la UCV creó formas nuevas. No puedo detenerme aquí en el conjunto de creaciones de la Reforma, cosa que ha hecho con mucha claridad Raúl Allard, al referirse a su rectoría durante los años de la Reforma, sino solamente en el Senado Académico, donde estaban representados profesores y estudiantes.

El Senado era el lugar donde se discutían y donde se decidían las grandes políticas de la universidad. Pero no había un lenguaje privilegiado que antecediera a la conversación y debate académicos. Por el contrario, eran éstos los que iban creando un lenguaje común. En el Senado se iba generando un lenguaje común que resultaba del debate y del diálogo, esto es, del escucharse unos a otros. Por supuesto, me estoy refiriendo a cosas de fondo ("fondo" y "fundamento" provienen de la misma palabra). Había cuestiones que se decidían mediante procedimientos parlamentarios usuales.

En el pasado, particularmente en la década de los sesenta, la concepción de la sociedad como un todo parecía residir en el lenguaje de la teoría política. Pero el diálogo modificaba, radicalmente, la tendencia a la totalización que va, más o menos implícita, en la visión de sociedad. Y la universidad no escapa a las grandes agitaciones y tendencias de la sociedad. De ahí que con el tiempo, a medida que avanzaba la violencia y la intransigencia en Chile, esas visiones de sociedad, esas grandes teorías, se fueron convirtiendo en un dilema: *mi visión de la sociedad o nada*. Y cuando esto ocurre, interviene la fuerza. *Alejandro Magno corta de un mandoble el nudo gordiano*.

La fuerza de las armas terminó, en Chile, con los dilemas, aunque no con los problemas. A la toma del 67 siguió, en 1973, una usurpación que se prolongó durante años y que impuso en el país un modelo autoritario y un modelo de gestión económica. Nos hemos sacudido del totalitarismo, pero no de ese modelo económico, que va mucho más allá del ámbito que le es propio. Ha impregnado la enseñanza, la investigación, la extensión. Se ha hecho un modelo de vida.

Y a propósito de lo dicho, quiero destacar que, mi amigo y compañero universitario, Sergio Spoerer y yo, participamos en un acto común como fue la Reforma de 1967; él como estudiante del Instituto de Ciencias Sociales y Desarrollo; yo

como estudiante de Filosofía, muy cercano a la Escuela de Arquitectura: dos de los grandes motores de la Reforma.

Y ambos grupos, una vez culminada la primera etapa de la Reforma, cayeron en excesos y en descalificaciones que, hoy, lamento. Pero aún así, en las etapas que siguieron, nos volvimos a encontrar todos en la comunidad del Senado Académico, a veces con dificultades e incomprensiones mutuas, pero con un sentido del compromiso universitario.

No creo que se pueda ni se deba repetir el Senado Académico hoy, de la misma forma, porque es otra la altura de los tiempos. Pero hay algo en su esencia que debe seguir presente, esto es, ser un lugar donde la conversación, el debate y el gobierno universitario tienen consecuencias efectivas en la conducción de la universidad, lo que no ocurre hoy en ninguna universidad chilena.

Los antiguos distinguían entre la vida activa y la vida contemplativa. Es una distinción demasiado tajante. Es cierto que la vida activa accede a la vida contemplativa en momentos de asueto espiritual, como bien ha visto Michael Oakeshott; y es cierto que las imágenes conductoras de ambos modos son radicalmente diferentes. Pero lo que distingue a la universidad, a diferencia de la vida de los negocios o de la praxis política, es que todos los lenguajes que en ella se estudian contienen una dimensión contemplativa, sin la cual, como ya dije, serían sólo modelos de entrenamiento o capacitación.

Es la imaginación, no solo la razón o la eficiencia, lo que constituye a cada uno de esos lenguajes, les da forma. Eso es lo que, en esa época, cuidábamos al decir que *lo administrativo no debe predominar sobre lo académico*. Y es también el sentido del deseo expresado en *Mayo del 68* bajo la forma de "la imaginación al poder".

Los profesores y estudiantes reunidos cerca de Arquitectura y de Ciencias Sociales, tenían un ideal de liberación, que sigue vigente, y lo mismo debo decir de la rectoría encabezada por Raúl Allard. En el caso de éstos, se quería liberar a América Latina, social y políticamente; en el de aquéllos, se quería liberar la imaginación americana para fundar un lugar y una cultura propios. Como dice el Manifiesto del 15 de junio de 1967: "nuestras universidades no saben... abrirse a un campo situado allende de toda investigación –nos referimos a la libre y desinteresada *contemplación* de aquello que, tal vez, puede constituir nuestra propia realidad".

El ideal de libertad, que cada época debe replantearse, es lo único que podría dar alas a un joven estudiante. André Breton:

“Únicamente la palabra libertad tiene el poder de exaltarme. Me parece justo y bueno mantener indefinidamente este viejo fanatismo humano. Sin duda alguna, se basa en mi única aspiración legítima. Pese a tantas y tantas desgracias como hemos heredado, es preciso reconocer que se nos ha legado una libertad espiritual suma. A nosotros corresponde utilizarla sabiamente.

Reducir la imaginación a la esclavitud, cuando a pesar de todo quedará esclavizada en virtud de aquello que con grosero criterio se denomina felicidad, es despojar a cuanto uno encuentra en lo más hondo de sí mismo del derecho a la suprema justicia. Tan sólo la imaginación me permite llegar a saber lo que puede llegar a ser, y esto basta para mitigar un poco su terrible condena; y esto basta también para que me abandone a ella, sin miedo al engaño (como si pudiéramos engañarnos todavía más)”.

¿En qué punto comienza la imaginación a ser perniciosa y en qué punto deja de existir la seguridad del espíritu? ¿Para el espíritu, acaso la posibilidad de error no es sino una contingencia del bien? (Primer Manifiesto)⁶⁷.

Estoy seguro de que ese espíritu alienta, en el fondo del pensamiento del Dr. Scherz, que hoy día recordamos con agradecimiento. Y lo mismo en los actos y palabras de varios maestros de la Reforma, como Alberto Cruz, Godofredo Iommi, Fernando Molina, Ataliva Amengual y otros que, con ellos, señalaron caminos en un momento decisivo de la vida social chilena.

⁶⁷ Bretón, André. *Manifiestos del Surrealismo*, Guadarrama, Madrid, 1974.